

EL AULA SIEMBRA

**PEDAGOGÍAS ENTRAÑABLES Y SABERES ANCESTRALES EN LA
INSTITUCIÓN EDUCATIVA RURAL VANGUARDIA SEDE DIVINA
PROVIDENCIA**

UNIVERSIDAD DE MANIZALES

MAESTRÍA EN EDUCACIÓN

AUTORES

Laura Mercedes García Pulido

Jorge Andrés Cely Gutiérrez

ASESOR

Jaime Pineda Muñoz

MANIZALES

ABRIL 24 DE 2023

ÍNDICE

PRELUDIO

Itinerarios de un proyecto de aula.....	6
--	----------

PRIMER ACTO

Escuela memorial: el sueño de una comunidad.....	11
---	-----------

SEGUNDO ACTO

Escuela vivencial: el aula siembra.....	20
--	-----------

EXERGO

Escuela veredal: la entrañable pedagogía.....	38
--	-----------

BIBLIOGRAFÍA.....	41
--------------------------	-----------

Este proyecto de aula ha nacido de nuestra vocación pedagógica y lo hemos vivido desde lo más profundo de nuestra condición de maestros. Pero antes de adentrarnos en sus actos, hemos querido que el lector reconozca nuestras singularidades biográficas, pues en lo que sigue seremos solo una voz, el diálogo íntimo entre nosotros y nuestro asesor. He aquí, por tanto, lo que hay detrás de nuestros nombres:

Soy Laura Mercedes García Pulido, licenciada en pedagogía infantil de la Universidad de los Llanos y egresada en el año 2010. Después de graduarme trabajé en la institución donde hice mis prácticas educativas. Dos años más tarde enseñé en un colegio privado y allí aprendí mucho porque he tenido un corazón enseñable y compañeros que me apoyaron en estos años de auroras pedagógicas. Obtuve mi nombramiento en el magisterio en el año 2015 e inicié en una lejana vereda llamada Palmichal, un lugar sin vías de acceso, y que recuerdo por las largas caminadas que tenía que hacer, llevando pesadas maletas. Esta población era muy pequeña y no tenían suficientes caballos para ofrecer los servicios de carga. En el año 2016 me trasladaron para la vereda Santa María Baja y en el año 2018 llegué por accidente a la vereda Santa Teresa donde actualmente trabajo y donde nace este proyecto. Ha sido éste un proceso de bellos aprendizajes porque cuando llegué a la zona rural, no tenía idea de la forma como se trabajaba en escuelas veredales y sobre todo no sabía trabajar con la comunidad. Empecé a darme cuenta que las necesidades educativas eran muy diferentes a la ciudad, pero las posibilidades de aprendizaje experiencial para los estudiantes eran muy altas y eso me encantó.

Soy Jorge Andrés Cely Gutiérrez, Licenciado en Educación Física y Deportes de la Universidad de los Llanos, universidad pública de la Orinoquia Colombiana. Estando nombrado como docente de básica primaria en el municipio de Puerto Rico Meta, ubicado a tres horas de la capital del meta, en la cuenca del río Ariari, soy testigo de las violencias que azotaron estos territorios. En este municipio la

presencia del Estado colombiano se reducía a un batallón del ejército y una estación de policía, y convivían con la presencia, en el casco urbano de las fuerzas paraestatales, mientras que en las zonas veredales hacía presencia la guerrilla. La consecuencia era inevitable, hostigamientos constantes en el pueblo, miedo en la población y poco desarrollo económico en la región. En el año 2009 la Comisión del Servicio Civil se realizó la convocatoria al concurso docente para proveer cargos en el municipio de Villavicencio, concurso que ofrecía tres plazas de educación física, y sin pensarlo dos veces me inscribí y tuve la fortuna de pasar y la opción de elegir un lugar de trabajo en mi ciudad. Luego de ver y analizar las plazas existentes, en junio del 2010 tome la decisión de trabajar en la Institución Educativa Rural Vanguardia, una institución pequeña con alrededor de 850 estudiantes distribuidos en 14 sedes, con una población que en su mayoría son de estratos 1 y 2. Ya son 13 años de servicio en esta Institución a la cual le estoy muy agradecido por haberme acogido y permitirme crecer profesionalmente. En el año 2021 la Alcaldía de Villavicencio abrió una convocatoria para que todos los maestros de la ciudad de Villavicencio interesados en realizar los estudios de maestría en educación se postularan y pudieran obtener los beneficios económicos que brindaba la alcaldía gracias al convenio establecido con la Universidad de Manizales. Con el apoyo incondicional de mi esposa y el aliento de mis padres reuní todos los requisitos y me postulé logrando quedar entre los docentes beneficiados con este convenio para poder continuar con mi formación profesional y aspirar a obtener el título de Magister en Educación.

Soy Jaime Pineda Muñoz, doctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud... Después de una década acompañando los procesos de formación de postgrado de maestros y maestras en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Manizales, fui designado como asesor de este Proyecto pedagógico que presentamos en un preludio, dos actos y un exergo, testimonio de la vocación de Laura y Jorge y de su entrañable gesto pedagógico en la comunidad que acoge a la Institución Educativa Rural Vanguardia sede Divina Providencia.

PRELUDIO

ITINERARIOS DE UN PROYECTO DE AULA

Arar los campos, surcar la tierra, labrar memorias para hacer y acontecer de otro modo en el *aula*. Es éste el primer gesto de un proyecto pedagógico que nació del encuentro con una comunidad dispuesta a evocar su pasado, reconstruir su historia y compartir su experiencia con los niños y niñas de nuestro nicho escolar.

Lo vivido en esta acción pedagógica sucedió en el año 2022, y tuvo lugar en la Institución Educativa Rural Vanguardia sede Divina Providencia, un entrañable paisaje rural que se inscribe en los contornos veredales de la ciudad de Villavicencio. Siendo maestros en este lugar, enfrentamos la compleja situación del confinamiento social que conmocionó la vida en tiempos de la pandemia, fuimos testigos de las devastadoras consecuencias que trajo consigo la suspensión de las economías campesinas y también constatamos las dificultades de una educación mediada por la virtualidad.

Cuando fuimos retornando lentamente a la ‘normalidad’ y regresamos a nuestras aulas, decidimos poner en marcha un proyecto institucional que aportara a la recuperación de las economías veredales y permitiera reconstruir los vínculos perdidos entre la escuela y la comunidad. En primera instancia, pensamos en una “granja productiva” y alrededor de esta idea orientamos nuestros objetivos hacia el fortalecimiento de las prácticas colectivas de trabajo rural con el fin de garantizar mínimos de seguridad y soberanía alimentaria en la comunidad.

Los enfoques políticos de la agroecología y las experiencias prácticas de otras comunidades se convirtieron, en ese momento, en nuestros primeros marcos de referencia. Sin embargo, y a medida que reflexionábamos sobre el vínculo entre escuela y comunidad, y nos adentrábamos en las ruralidades que sitúan nuestras prácticas pedagógicas, nos dejamos interpelar por otras circunstancias y por la lectura de otras realidades. Más que un “proyecto productivo” empezamos a pensar que debíamos emprender una “acción pedagógica”. La “granja

productiva” diseñada con un enfoque práctico, terminó cediendo al proyecto que titulamos “el aula siembra” y cuyo horizonte ya no se inscribía en un asunto de utilidad económica para la vereda, sino en el campo de lo que llamamos la vitalidad histórica de una comunidad.

De la primera iniciativa que buscaba reconstruir la economía veredal a partir de la agricultura comunal, transitamos hacia una vivencia escolar cuyo objetivo busca reconstruir el vínculo entre escuela y comunidad. Partiendo de las memorias y los saberes ancestrales de las familias campesinas asentadas en este territorio; además de su potencial pedagógico en la formación del arraigo de la generación de niños y niñas que asisten a la institución educativa Divina Providencia. Esta transición implicó un giro metodológico, pues ahora se trata de la puesta en escena de una experiencia colectiva en la que sea posible el encuentro con los niños del entorno escolar.

EL AULA SIEMBRA se convirtió así en un tiempo en el que los azadones se transformaron en instrumentos de enseñanza, la pizarra se hizo humus de la tierra y de cada casa salieron a nuestro encuentro los maestros y maestras de la comunidad. Alrededor de la siembra, los gestos pedagógicos se entretajeron con los ecos de la vida rural y los saberes del aula se reconocieron en la ancestralidad campesina.

Lo rural y lo ancestral nos enseñaron que la escuela podía convertirse en un espacio memorial y un espacio vivencial capaz de evocar y transformar el territorio, y no sólo desde una dimensión económica, sino política y comunitaria. Los momentos de este proyecto implicaron diseñar el ‘antes’ de la siembra y nos reunimos en torno a las memorias de los primeros pobladores de estas veredas que gratamente custodiaban en sus recuerdos íntimos. Durante la siembra nos encontramos en torno a las prácticas de labranza de las familias del territorio y junto a los niños y niñas de la Divina Providencia creamos un espacio de interacción de saberes ancestrales. El ‘después’ de la siembra es este instante

de escritura que, a manera de exergo, de acto final, busca recoger las resonancias del proyecto en lo que hemos denominado 'la entrañable pedagogía'. Son por tanto dos actos y un exergo lo que se estructura en este escrito, develando en cada uno de ellos el gesto metodológico y los objetivos que acompañaron nuestra acción pedagógica.

La metodología la descubrimos en el camino. El arte de escuchar fue nuestro primer camino, y el arte de sembrar nuestro sendero final. Sabemos que la metodología es la reflexión que hacemos sobre el recorrido transitado en un proyecto y ahí reside lo que hemos denominado con la palabra arte. Nuestro camino exigió disponer de una atenta escucha para luego disponer nuestras manos en la siembra. Es metodológico el modo como nos reunimos para escucharnos y es metodológico el modo de encontrarnos para sembrarnos. Y decimos 'sembrarnos' porque en cada semilla y en cada compostaje, estaba presente el cuerpo, el sudor, la textura de la piel, la voz que en las noches de conversación y en las tardes de la siembra copaba el espacio y dirigía el proyecto.

Al sembrar nos estamos sembrando y al escuchar a otros nos estamos escuchando a nosotros mismos. Ahora nuestros equipajes como maestros llevan consigo las dos escuelas que este proyecto hizo posibles: la escuela memorial y la escuela vivencial. A la primera le atribuimos la virtud de reconstruir la historia del territorio en el cual ejercemos nuestra labor docente, y a la segunda atribuimos el valor de activar colectivamente un momento para reconocer los saberes campesinos, y que consideramos, son ancestrales. El campesino de la vereda nos enseñó contando sus historias y sembrando sus parcelas. La escuela memorial siembra, desde el aula, los sueños de esta comunidad, y la escuela vivencial siembra el futuro de esta comunidad.

Finalmente, el proyecto EL AULA SIEMBRA contribuyó, desde el escenario escolar, a la recuperación de las memorias del territorio y propició el

acercamiento de los niños y niñas de la institución educativa a los saberes ancestrales de sus familias campesinas.

La escuela atravesada por este proyecto no es más que un espacio liminal entre los tiempos de una comunidad, un lugar de convergencias donde se reúnen las voces evocadoras de un pasado que ya fue, y las manos cotidianas de un presente que está siendo. El vínculo que hemos vuelto a instalar entre la escuela y la comunidad, tanto al escucharnos como al sembrarnos, no es otro que el de los tejidos intergeneracionales tan urgentes en una época empeñada en romper con las herencias, desconocer las ancestralidades campesinas y negar la potencia pedagógica de los entornos rurales. En síntesis, El AULA SIEMBRA fue una experiencia pedagógica diseñada para acercarnos, para encontrarnos, para volver a tejernos en torno a lo que nos hace comunes, la tierra que habitamos, ese terruño que nunca podrán arrebatarnos y que se constituye en el primer espacio de resistencia de la generación por venir.

PRIMER ACTO

ESCUELA MEMORIAL: EL SUEÑO DE UNA COMUNIDAD

Abonamos la memoria, surcamos el pasado, aramos los recuerdos. Las voces se encontraron y las evocaciones terminaron por entretrejer a los testigos. Los archivos del pasado, y no sólo el testimonio de los mayores, nos ayudaron a sembrar el arraigo, porque antes de la SIEMBRA queríamos saber cómo llegamos hasta aquí y hasta dónde somos, en esta escuela, el tiempo presente del sueño de una comunidad. Comprendimos, al escucharnos que el AULA SIEMBRA porque la ESCUELA puede ser un gesto memorial. De ese primer camino es esto lo que hallamos...

La vereda Santa Teresa fue fundada en 1935 por colonizadores que venían de la parte alta del municipio del Calvario. Jesús Ortiz, Marcos Murcia, Lucio Molano, Isidro Parrado, Vitelmo Parrado, Erasmo Velásquez y Miguel Rincón se establecieron junto a sus familias en esta región montañosa que bordea la ciudad de Villavicencio y de inmediato vieron la necesidad de darle educación a sus hijos. Decidieron, entonces, construir una escuela de madera a orillas de la quebrada San Pablo y le dieron el nombre de Santa Teresa.

La vereda comenzó a crecer y la distancia que debían recorrer los niños era extensa. Entre quebradas y derrumbes los caminos se tornaban peligrosos para los hijos e hijas de las familias de agricultores que llegaron a estos pliegues de la montaña. De esta situación de riesgo, nació la necesidad de dividir el entorno rural. De un lado los habitantes del oeste de la quebrada San Pablo fundaron la vereda Santa Elena, y del otro lado quedó la vereda Santa Teresa. Cada vereda se hizo, de forma independiente, a una escuela.

En 1956 se inició la reconstrucción de la escuela de Santa Teresa en un terreno donado por uno de sus habitantes. El material fue traído a lomo de mula con la colaboración de toda la comunidad que finalmente logró levantar la edificación con bloques de cemento. Las clases iniciaron en este espacio construido colectivamente y por primera vez se escuchó en el aula la voz de la maestra Lilia Aurora Parrado Morales.



EL SENDERO DE ANTAÑO
Camino a la vereda Santa Teresa

Para el año 1960 la vereda de Santa Teresa estaba habitada por las familias Parrado Hernández, Parrado Parrado, Parrado Romero, Velásquez Rodríguez, Mancera Parrado, Cardenal Riveros, Riveros Parrado, Riveros Cardenal, pobladores que al mismo tiempo crearon la primera Junta de Acción Comunal (JAC), esa voz entretejida por una comunidad que sueña, junto a la escuela, el destino de su naciente territorio. La Junta fue liderada por Isidro Parrado, quien, en esos mismos años, estructuró el vínculo ineluctable entre comunidad y escuela con los nuevos maestros que llegaban a la Institución Educativa: Eugenia Ramos y Daniel Parrado.

Iniciando la década de los ochenta llegó la maestra Miriam García, la primera en disponer el aula para los jóvenes que en sus primeros años no tuvieron la oportunidad de estar en la escuela y que conformaron un grupo “extraedad” en los grados de primaria. Este fenómeno social, que fuese recurrente en los entornos rurales de la época, se convirtió en un desafío para las prácticas pedagógicas al reunir en un mismo espacio escolar estudiantes de diversas edades.

En ese momento, la comunidad reunida alrededor de las inquietudes de la maestra García, decidió que era necesario un apoyo pedagógico que permitiera acompañar el proceso formativo de estos jóvenes sin afectar la relación enseñanza-aprendizaje de los niños. La Secretaría de Educación escuchó sus clamores y envió a otro maestro, su nombre Sigifredo Tocasucha Hernández.

En 1982, en medio de la construcción de sentido de una comunidad que a partir de la Escuela y la JAC tejía los itinerarios de la vida compartida, los ecos de la violencia -hasta ese momento lejanos- irrumpieron en el interior del espacio escolar.

Aún no caía la tarde sobre la vereda y los destellos del ocaso iluminaban tenuemente los alrededores de la escuela. Un hecho extraño irrumpió la

tranquilidad de ese día. Un joven prendió un taco de dinamita, encerró a los niños, niñas y al maestro que aún estaban en su jornada escolar, y de la inexplicable situación, la voz del joven, intensa y furiosa, amenazó con hacer explotar la escuela. Los rumores de lo que estaba sucediendo viajaron como el viento de esa tarde y los padres de los niños se enteraron. Apresurados llegaron hasta la escuela para auxiliar a sus hijos. Decididos a que el joven no estallara la dinamita que tenía entre sus trémulas manos, le ofrecieron cigarrillos.

El aspecto del joven -cuentan los testigos- develaba enajenación, quizás producto de una sustancia alucinógena. Las horas se hacían más densas y los instantes más angustiosos. Después de largas horas de conversación, el maestro y los niños salieron ilesos del aula.

Sólo atribuido a la providencia, y entendido como un milagro, la comunidad reconoció que lo que pudo ser una tragedia fue tan sólo un mal momento difícil de olvidar. A partir de este episodio, el maestro elevó otro clamor a la Secretaría de Educación: había que cambiar el nombre de la Escuela. “Divina Providencia” fue el nombre elegido para su refundación después de los hechos de aquella tarde.

Pero a partir de aquellos hechos no sólo cambió el nombre de la Escuela. El maestro -sobreviviente de aquella tarde de temor- abandonó la docencia y decidió consagrarse al sacerdocio. La “Divina Providencia” no sólo había salvado la vida de los niños, también había cambiado para siempre la vida del maestro. Su lugar en el aula fue ocupado por su hermana, Hilda Tocasucha Hernández. Al finalizar la década del 80, el maestro, que ahora llevaba sotana, y su hermana con delantal y las manos untadas de tiza, tejieron junto a la comunidad los nuevos escenarios pedagógicos de la “Divina Providencia”. La escuela se transformó en un espacio para relacionar la fe católica con el saber científico y se buscó acercar a los jóvenes a los misterios de Dios y de la razón. El aula y el templo se encontraron en la misma experiencia.



RECONSTRUYENDO LAS MEMORIAS

El aula donde un joven intentó estallar la dinamita

Los hermanos Tocasucha enseñaban a los niños los misterios del ser humano. Los valores conectaban los discursos del aula con los discursos del púlpito. La vereda no quería que se repitiera la tarde del joven con la dinamita entre sus manos. La escuela y el templo mantendrían al margen los ecos de la violencia.

Esta década es recordada por sus moradores como un tiempo de prosperidad. En esos años se creó el cementerio comunal, la inspección de policía y Santa Teresa se convirtió en cabecera municipal. Edgar Tocasuche fue su primer inspector. En esos mismos años se gestionaron los recursos para la construcción de un segundo salón y se luchó por la construcción de una carretera cuyo trazado evitara los derrumbes del antiguo camino. La comercialización de lo producido en los cultivos de lulo así lo exigían.

Los cultivos de lulo daban para todo y para todos, recuerdan con nostalgia los habitantes de la vereda. Tanto era el auge de este producto que los compradores arriesgaban sus vehículos y hasta su propia integridad física por obtener las primeras cargas.

Sin embargo, al cabo de un tiempo, en los tallos y las hojas de las plantas de lulo, la comunidad empezó a observar unas manchas alargadas de color marrón y blanca que arruinaban la cosecha. Los campesinos de la región intuyeron que se trataba de una plaga. El moho blanco había llegado a sus tierras, y lo que en otrora fuera el producto más codiciado de esta región, terminó transformando el esfuerzo colectivo en cosecha perdida.

La prosperidad de la vereda llegó a su ocaso y a pesar de los intentos por eliminar el infortunio, ya nada podía remediar la situación. El moho blanco, la plaga que marchita y mata las plantas de lulo, obligaba a la comunidad a cambiar su vocación agrícola. Los campesinos dejaron atrás el cultivo del lulo y muchos optaron por la ganadería como forma de subsistencia. Por primera vez, las

consecuencias de esta plaga transformarían radicalmente el hábito de sus ancestros.

En la década de los noventa se empezó la construcción del caserío de la parte alta y la JAC gestionó el puesto de salud. La electricidad también llegó en ese momento unificando fuerzas con la vereda Lourdes. Una comisión de delegados viajó hasta la capital y en el Parlamento de la República contactó a Carmelo Pérez -Representante a la Cámara por el departamento del Meta- para que se comprometiera con el proyecto de electrificación que iluminara toda la región a través del Ministerio de Minas y Energía. La junta compró contadores para sus habitantes gracias a un dinero recolectado en bazares. Fueron años que la memoria colectiva evoca bajo el esquivo epíteto del “progreso”. El alcantarillado se hizo realidad y las antiguas inspecciones fueron declaradas como corregimientos.

Pero otro “moho blanco”, una plaga que marchita la vida colectiva, pasó por sus tierras. Finalizando la década de los noventa la vereda fue testigo de la llegada de la guerrilla de las FARC-EP que hacían presencia en los caminos de la cordillera; sin embargo, a pesar del miedo y la zozobra que generó su arribo, la vereda no fue más que el escenario fugaz de las dinámicas del conflicto armado. El único recuerdo de los habitantes era el operativo de persecución que el ejército adelantó a causa de un atentado que la guerrilla hizo en el puente Guatiquia. El atentado en mención correspondía a una acción coordinada de la guerrilla de las FARC-EP que el 6 de marzo de 1998 instaló retenes en zonas aledañas al municipio de Villavicencio con el fin de “ordenarle a la población abstenerse de salir a votar y de circular por las carreteras nacionales”. La respuesta del Ejército Nacional no se hizo esperar. El avión fantasma surcó los cielos de las veredas y bombardeó la región. En la huida, la guerrilla llevaba consigo algunos retenidos. En su fuga los alzados en armas pasaron por los caminos veredales de la comunidad. Ese día la escuela tuvo que cerrar las aulas

y los niños permanecieron en sus casas. El conflicto había alterado, por un instante, la vida cotidiana de la Divina Providencia y los recuerdos de aquella tarde del joven de la dinamita volvieron como “moho blanco” en sus corazones. Con la sombra de los combatientes y el estruendo de los bombardeos, la vereda Santa Teresa cerró el telón de sus setenta años de existencia.

En la aurora del siglo XXI, otros itinerarios comunitarios anunciaron el cambio de época. El Ministerio de Educación ofició que las escuelas rurales debían integrarse a núcleos educativos. La Divina Providencia fue anexada a una institución más grande y quedó como sede la institución educativa rural Vanguardia. En el año 2007 se consolidó la pos-primaria y la Federación de Cafeteros donó las cajas pedagógicas de la Escuela Nueva. Otras voces se hicieron escuchar en las aulas y las profesoras Yolanda Parrado y Olga Hernández recibieron con entusiasmo pedagógico a los niños de la pos-primaria.

Estos recuerdos de la comunidad, los primeros arados, la fundación de la vereda, la construcción de la Escuela y algunos hechos significativos que entretejen las memorias colectivas, constituyen no sólo el primer acto de este proyecto, pues más allá del contexto histórico en el que nació esta institución educativa, el camino hasta aquí recorrido nos ha indicado la importancia de reconstruir estos relatos con el fin de darle espesor y profundidad al segundo acto, la recuperación de saberes campesinos ancestrales que vuelven al encuentro de las prácticas pedagógicas y siembran otros futuros posibles para la generación de niños y niñas de la Divina Providencia.

ACTO SEGUNDO

ESCUELA VIVENCIAL: EL AULA SIEMBRA

El segundo acto del proyecto EL AULA SIEMBRA inició el 21 de abril del año 2022. Una vez concluido el escenario de la Escuela Memorial con las personas de la vereda, reunimos a la comunidad educativa y los convocamos a participar en la acción pedagógica de la Escuela Vivencial. Los padres de familia que mostraron su interés en el proyecto, señalaron la posibilidad de utilizar una parcela abandonada que se encontraba detrás de la escuela y que serviría para los fines que buscábamos. El conocimiento del terreno y la conversación en torno a las semillas que allí podríamos sembrar -bore y cafeto- fueron los primeros gestos del saber ancestral activados por el proyecto.

De la socialización del proyecto pasamos a la sensibilización pedagógica. EL AULA SIEMBRA tendría que ser mucho más que una minga campesina en la vereda y transformarse en un escenario de enseñanza-aprendizaje que permitiera, en la práctica, reconstruir vínculos entre la escuela y la comunidad.

En el mes de septiembre del mismo año, y después de propiciar distintos encuentros en torno a las memorias campesinas del territorio y el significado de la siembra en las prácticas ancestrales de la comunidad, se convocó a los padres de familia y los estudiantes para realizar la acción pedagógica en la parcela definida.

Por primera vez el aula reunía a la comunidad educativa más allá de la entrega de los informes académicos y al margen de situaciones institucionales. En esta ocasión el aula fue el escenario compartido donde el saber de los maestros cedió al saber y la voz de los campesinos y campesinas de la vereda. Creamos grupos de trabajo de acuerdo a las zonas que serían intervenidas y distribuimos funciones, todo ello en clave de la reparación pedagógica entre la escuela y la comunidad. Estudiantes, padres de familia y profesores mancomunadamente se encargarían de limpiar el terreno, sembrar y preparar el compostaje. El objetivo de la actividad era, en ese momento, crear condiciones para habitar lo que denominamos la Escuela Vivencial.

Antes del mediodía de la jornada de siembra, arribó a la escuela un padre de familia con un machete amarrado al cinto y una pala sobre su hombro. Como la mayoría de las personas de la vereda que hicieron parte de esta acción pedagógica, en la mañana adelantaron sus trabajos en la finca y en la tarde se acercaron a la escuela para compartir con el resto de la comunidad sus saberes en torno a la tierra. Los estudiantes, que ya habían terminado su jornada escolar, recibieron a sus padres y se fueron conformando los grupos. Los clásicos útiles escolares se transformaron por plantas, abono y herramientas de labranza. Un nuevo objetivo se empezaba a cumplir, pues no bastaba con reunirnos, había que transitar de la palabra en el aula a la práctica en la parcela. El rol de nosotros los maestros fue el de facilitadores. Los saberes en torno a la siembra no se pueden enseñar en una pizarra, hay que vivirlos entre surcos y arados.

Si los maestros fuimos facilitadores, los niños eran los guías y los padres de familia los sabedores. Frente a la parcela ya todo estaba dispuesto para crear un recuerdo colectivo, la tarde en la que la escuela agrietó sus muros y se encontró con la comunidad en torno a un saber común. De este gesto nació nuestra experiencia de una pedagogía que puede ser rural más allá de la determinación contextual en la cual está situada la institución educativa. La ruralidad, esa tarde, se convirtió en el telón de fondo, en la episteme de los saberes compartidos.

Sumergidos entre lombrices y estiércol para remover el abono, el aula se hizo orgánica y las conversaciones in situ alcanzaron el esplendor de los saberes prácticos.

El edil del corregimiento, Luis Adelmo Parrado, con la rula entre sus manos rozaba las matas de plátano y retiraba la maleza que había alrededor. Al fondo se escuchaba, entre el paisaje de montañas, el ruido de un helicóptero que transportaba los materiales para reparar la bocatoma del acueducto municipal de Villavicencio. A diferencia de los tiempos del conflicto armado, la sensación era de tranquilidad. Aquel ruido ya no desataba el temor de la comunidad.

Luis Adelmo Parrado, con su espalda encorvada y junto a algunos niños de la escuela, nos compartió sus primeras impresiones sobre esta acción pedagógica:

“Es bueno porque primero los niños siguen aprendiendo a cultivar el campo y lo otro, que ahí sale el sustento para hacer muchas cosas que en la escuela se quieren hacer. Es importantísimo que todos tuvieran una huerta en sus casas para la sostenibilidad de sus hogares porque la tierra se presta, hay que colaborarle con abono orgánico sí, pero se presta, aquí se da el maíz, yuca, el chonque, cebollas, pepinos, papaya...”

Aprender a cultivar el campo es también un aprendizaje significativo en el marco de las pedagogías en la ruralidad. Frente a la pérdida del arraigo que ha traído consigo la vida moderna, la afirmación de don Luis Adelmo es fundamental para reconstruir el tejido entre escuela y comunidad. Una escuela capaz de potenciar la siembra y reunir los saberes comunitarios alrededor de ésta, es una escuela que responde al deseo que manifiesta don Luis Adelmo. En su testimonio resuena un saber que en ocasiones se olvida en el aula. Este campesino, habituado a las jornadas de labranza, sabe que en este territorio la “tierra se presta” y hay que “colaborarle”. la relación entre la composición del suelo y la actividad humana del abono orgánico es uno de los núcleos teóricos esenciales de la agroecología. En ese momento su voz siguió surcando nuestras aulas a cielo abierto y nos compartió lo siguiente:

“Lo que se siembre se da; hay que tecnificar un poquito, porque por aquí la tierra es un poquito ácida, ese es el problema, hay que echar cal y todo eso, esa opción existe y es viable, lo que pasa es que nosotros nos hemos vuelto flojos para cultivar, lo que pasa es que la tierra también se cansa, le falta abonito, pero ella donde usted abona con abono orgánico produce, incluso la gallinaza es muy buena para eso. Muchas veces nos dan capacitaciones, pero si uno no pone la voluntad de mirar cómo es, de querer hacerlo, nunca se va a lograr, pero en el caso de nosotros también ya estamos haciendo el abono con el estiércol de la vaca y con la gallinaza. Eso se cala y es excelente. También se mejora la calidad del pollo dándole la hoja del cajeto y la hoja del bore, es mucho mejor, y es rentable, claro; porque usted, en un pedacito de tierra, usted tiene el bore y el cajeto y ahí cultiva cualquier cantidad de pollos. Es saber enseñarlos a comer no más, también tiene que poner de parte de uno porque si uno no le lleva bore pues ellos no van a comer, pero usted a los quince días de estar llevándoles las hojitas ellos ya empiezan a comer, a picar. Por ejemplo, si usted al día le echa tres comidas de purina, usted le baja a la purina y le echa el bore y el cajeto y listo. Por ejemplo, que uno pudiera sembrar maíz, el maíz lo cultiva uno acá y ahí va saliendo para todo y la misma cascarilla o linaza que dejan los pollos sirve para abonar el maíz; es también de estar pendiente, ser más paciente.”



REMOVIENDO EL LOMBRICULTIVO

Luis Parrado (48 años), Jhon García (38 años) y Avelino Mancera (54 años)



DESHIERBANDO LAS MATAS DE PLÁTANO

Luis parrado (48 años)

La lectura que del campo tiene don Luis Adelmo recoge, desde la experiencia vivida, aquello que el Pensamiento Ambiental tanto se ha esforzado por enfatizar, que “la tierra se cansa”. La transformación a escala industrial de la agricultura y la saturación del suelo con abonos químicos, impuestos en tiempos de la mal llamada “revolución verde”, contrasta con el saber ancestral de don Luis para quien los ciclos de la naturaleza y el uso adecuado de las plantas del sector garantizan no sólo la posibilidad de cultivar todo lo que la comunidad quiera sembrar, sino que adicional a ello permite interrumpir la cadena de dependencias económicas con la industria de alimento de la avicultura. Pero para ello, don Luis Adelmo nos enseña que hay que tener “paciencia”, quizás la virtud más importante que esculpe el carácter del campesinado.

Mientras don Luis nos enseñaba sobre la tierra, la siembra y el abono, en otro escenario pedagógico estaba doña María con su azadón al hombro, y como si se tratara de una extensión de su brazo se dispuso a aporcar toda la parcela cultivada con cebolla. El asombro no se hizo esperar. Al mismo tiempo que aporcaba, compartía su sabiduría, explicándonos hasta donde debe ir el abono, cuál debe ser el grosor de la planta para ser extraída y cómo descubrir cuando una planta se estanca para remover sus partes deterioradas y permitirle crecer.

El gesto de cuidado con el que doña María se inclinaba sobre la parcela enseñó a los niños y niñas de la comunidad la profunda conexión que existe entre el campesino, la parcela y las plantas. Al observar su labor era imposible no pensar en el arraigo, esa palabra elemental y esencial que une la memoria de una persona a la tierra natal, la misma que le proporciona sus alimentos y le asigna un lugar en el mundo. Con doña María aprendimos de las raíces del existir.



APORCANDO LA TIERRA Y ABONANDO LA CEBOLLA

María Velásquez (65 años)



LIMPIANDO LA CEBOLLA

Miriam Riveros (48 años)

Los maestros y maestras de la comunidad que al ritmo del azadón y sus manos enseñaban a cultivar, se iban confundiendo con los niños y niñas de la escuela que llevaban abonos, semillas y esperaban el momento en que fueran ellos quienes pudieran sembrar algunas hortalizas. Aunque sus vidas cotidianas transcurrían en las fincas de sus padres y los cultivos no eran cosa extraña para ellos y ellas, ese instante en que la escuela dejó de ser, por un momento un salón y una pizarra, despertó su curiosidad y dibujó en sus rostros la felicidad. Sabían tanto como sus padres, pero en esta oportunidad era la escuela y no la finca la que los convocaba a poner en práctica sus saberes. Ahí residía el otro vínculo que estábamos reparando. Una escuela dispuesta a reconocer y dignificar sus entornos cotidianos de existencia.

Mientras los niños y niñas compartían con sus familias la promesa de esta nueva parcela cultivada, sus voces empezaron a testificar lo que estaban viviendo. Hablaron con nosotros y nos compartieron sus impresiones acerca de esta acción pedagógica y del proyecto EL AULA SIEMBRA.

Elkin y Valery de grado primero nos contaron que les encantaba sembrar, cultivar y deshierbar. Sus testimonios recrean el sentido más profundo de este proyecto.

“Uyyy, lo que más me gusta es ir allá abajito. Allá me gusta porque uno tiene que desyerbar. En las maticas hay mucha tierra por los lados, entonces uno tiene que quitarlos... Eso es lo que más me gusta porque es poquito trabajo...” (Testimonio de Elkin)

“De la actividad he aprendido que no hay que pisar las cebollitas y también hay que quitarles los gajitos esos que ya están cafecitos y también cada día que estudiamos en la parcela nosotros vamos cogiendo tierra del abono de ese que esta allá y vamos cogiendo tierra con unos baldecitos y vamos echando cada día que hacemos trabajo. Me parece que Elkin trajo matas de limón para que siembren, y también tiene matas de plátano.” (Testimonio de valery)

Los aprendizajes manifestados por los niños y niñas develan la importancia de esta acción pedagógica en el vínculo con el territorio y los saberes campesinos que favorecen el cuidado de la naturaleza a través de la siembra.



ARANDO EL AULA
Elkin Parrado (6 años)



ESPARCIENDO ABONO

Isabel Riveros(6 años) Y Valery Quiroz(7 años)



ESPARCIENDO ABONO

David Riveros (6 años)

En otro escenario pedagógico promovido por el proyecto, un grupo de estudiantes exploraban plantas conocidas como chonque que estaban listas para ser cosechadas. Los estudiantes mostraron su emoción al descubrir que el fruto de este tubérculo era de color rosado. Comparecer ante la belleza y exuberancia de la naturaleza nos permitió, en este escenario, por los aprendizajes que estaba dejando la acción pedagógica de EL AULA SIEMBRA. Sus respuestas también son testimonio de lo que logramos en la escuela vivencia:

“Me gusta sembrar plantas, me parece muy chévere porque podemos conocer más cosas sobre las plantas, también de matas medicinales y también podemos aprender sobre lombricultivo y muchas cosas.” (Testimonio de Maikol)

Yicela: “La parcela es muy bonita, muy bonita... Me gustan Los cultivos, las flores y cómo la profesora nos enseña a sembrar, los abonos y cómo tiene uno que cuidarlos y cosas así.” (Testimonio de Yicela)

Ambos testimonios apuntan al objetivo central de esta experiencia pedagógica, pues permiten evidenciar los aprendizajes en torno a la tierra y sus cuidados a partir de la siembra y los cultivos. El asombro de Maikol y Yicela al momento de interactuar con las plantas nos permitió profundizar en aspectos no sólo científicos sino estéticos inherentes a las tramas de la vida como el florecimiento y la germinación de las semillas. El arte del cuidado de la naturaleza se fue convirtiendo en el imperativo ético de la acción pedagógica, además de reconocer aquello que nos hace comunes en este territorio.

En el desarrollo de esta acción pedagógica se dispuso un lugar específico para cultivar un jardín ubicado cerca al panal de abejas meliponas que llegaron este año. El papel de estas abejas es fundamental para la conservación del ecosistema a través del proceso de polinización. En el horizonte de la sustentabilidad del territorio cuidar de las abejas meliponas es una de las tareas más importantes que aprendieron los miembros de la comunidad educativa. Los niños aportaron en el arado, el abono y la siembra de flores, como las bella a las once y veinte de julio que servirán de alimento para las abejas.



DESCUBRIENDO CHONQUE ROSADO



SEBRANDO UN JARDÍN PARA LAS ABEJAS MELIPONAS

David Riveros(10 años), Maikol Parrado (9 años) y Duván Suta (9 años)

Los ecos de la acción pedagógica persistieron en lo que restaba del año. Los estudiantes siguieron acompañando el proceso de cuidado de las parcelas que fueron sembradas y la huerta, el compostaje, las actividades de deshierbe, como la limpieza de los entornos de las plantas, se han convertido en parte de sus cotidianidades. Este espacio empieza a pertenecerle a toda la comunidad, es un retoño de la escuela vivencial que ha logrado reparar los vínculos rotos o suspendidos en aquellos aciagos tiempos en los que la escuela tuvo que cerrar sus puertas y enseñar a distancia, mediados por una virtualidad que en la ruralidad es menos que precaria.

Los testimonios de Stiven, Gean y Eilen de la pos-primaria, concluyen este segundo acto e inauguran el camino hacia el exergo de este proyecto que hemos denominado “la entrañable pedagogía”. En sus palabras anida la fuerza de lo conseguido en EL AULA SIEMBRA. Que sean sus voces las que le permitan al lector constatar lo que hasta ahora hemos planteado, y descubrir con nosotros sus aprendizajes entrañables:

“Acá tenemos plátano, papaya, aguacate, cilantro, cebolla, perejil, tomate, chonque, bore y ya no recuerdo nada más. También he aprendido como se cultivan las plantas, que deben llevar para que ellas crezcan bien para que puedan salir bien, cómo las siembran, cómo las tiene que tratar y todo eso.” (Testimonio de Stiven)

“Me gusta el trabajo de la huerta porque allí aprendo muchas cosas de como sembrar semillas, plantas y me parece muy chévere porque allí todos ayudamos. Pues tenemos plátanos, cebolla, lechuga, y también flores para las abejas, un proyecto de abejas. También tenemos un proyecto de pollos que van a meter este cuarto período y huertas verticales, pero lo que más me gusta es trabajar en las plantas como las medicinales y todo eso.” (Testimonio de Gean)

“Me parece que el trabajo de la huerta es muy bueno porque ahí aprendemos muchas cosas que nos pueden servir a nosotros ya que vivimos en una zona rural y tenemos nuestras propias fincas. Tenemos cultivos de cebollas, plátanos, varios tipos de hortalizas como pepino, cilantro, perejil, también tenemos las lombrices donde tenemos el abono para las plantas, yuca y varios tipos de frutas. Me gusta que tenemos contacto con la naturaleza, aprendemos varias cosas de la profe y sembramos nuestros propios semilleros y eso. Creo que es posible hacer una huerta en casa, porque lo tenemos todo para lograrlo.” (Testimonio de Eilen)

El testimonio de Steven nos permitió constatar que esta acción pedagógica posibilitó uno de los aprendizajes más significativos de la vida campesina, aprender a “tratar” las plantas, a interactuar con la tierra, a cuidar la naturaleza al sembrarla. En este aprendizaje lo entrañable es la relación entre el ser humano y las formas de vida natural.

Por otra parte, el testimonio de Gean nos acercó a uno de los objetivos de este proceso, al reconocer que la siembra es tan sólo un espacio de construcción de la comunidad, que va más allá de la labor del cultivo y aproxima, acerca, teje lazos entre los miembros de la vereda. Sus palabras emocionan nuestro transitar, Gean habla de ayuda, de solidaridad, de acompañamiento. En este aprendizaje lo entrañable es el vínculo comunitario alrededor de la siembra.

Por último, el testimonio de Eilen nos recordó que los caminos hacia la reconciliación ambiental del ser humano con la naturaleza en tiempos de crisis también encuentran alternativas en propiciar el contacto con las formas más elementales de la tierra, el suelo que cultivamos. En este aprendizaje lo entrañable pasa por comprender la huerta como un puente con la madre tierra.

EXERGO

ESCUELA VEREDAL: LA ENTRAÑABLE PEDAGOGÍA

El eco de las palabras, el eco de las voces, el eco de los testimonios; todo lo que aconteció aquellos días del proyecto EL AULA SIEMBRA terminó por transformar la escuela en un motivo de encuentro entre múltiples saberes que desde la ancestralidad y la ruralidad surcaron el camino de lo que hemos denominado la entrañable pedagogía.

Lo entrañable es lo íntimo, lo que entreteje el afecto, lo que coliga el sentir con el pensar, lo que restablece el vínculo entre el enseñar y el arar. A toda siembra le sigue una germinación, una cosecha, y los niños y niñas de la Divina Providencia, aprendieron que, de esa húmeda tierra, poblada hace menos de un siglo, en la que todo llegó a lomo de mula y en la que antes los campos olían a lulo, esa misma tierra que ahora es el entorno de sus vidas, han brotado las memorias de sus ancestros, de sus maestros y de sus contextos.

EL AULA SIEMBRA nos permitió como comunidad educativa reconocer que esas huertas, siembras, compostajes, abonos, flores, tubérculos, hojas de cajeto y bore algún día terminarán por germinar. Siempre y cuando se permita sanar la tierra con sus propios nutrientes mediante el mejorando de prácticas en torno a la autosostenibilidad y no solo extracción sino también restituir lo que se extrae y así, darle continuidad al proceso con la fuerza del arraigo.

La experiencia pedagógica también posibilitó hacer más fuertes nuestras raíces y vínculos con el territorio. dinamizando los procesos de enseñanza -aprendizaje dando significado a un currículo y reivindicando los imaginarios de la tierra natal, pues como decía Eilen, “sembramos nuestros propios semilleros”, y al sembrar nos sembramos, pues somos nosotros la semilla.

Ahora la comunidad educativa es poseedora de un recuerdo compartido, ellos saben la historia de estos muros escolares y nosotros sabemos de los avatares de sus geografías campesinas; como pretexto pedagógico, posibilitó la dignificación de los saberes también entrañables, los que se sentaron a contar las historias del lugar y convirtieron la escuela en un memorial, y los que

subieron hasta la escuela para hacerla vivencial al sembrar. En la mirada de los niños y niñas, en el gesto encorvado de sus espaldas se grabó lo que durante tantos años han llevado consigo sus ancestros.

Y nosotros finalmente nos preguntamos, ¿acaso no es esto lo que deviene tejido de una comunidad? Abrigados están en la Divina Providencia con el manto de una vereda que será mundo esencial en sus itinerarios existenciales, aun cuando los años escolares ya sean parte del pasado, y el tiempo intente, sin lograrlo, horadar la memoria, aquellas tardes del 2022 nunca se olvidarán, esas tardes en que sus maestros decidieron convocarlos a todos y abonar el alimento de las abejas meliponas para polinizar las memorias de una comunidad que ya tuvo su pila bautismal y hoy se reconoce como Divina Providencia.

BIBLIOGRAFÍA

[Las Farc Sitiaron Ayer A Villavicencio - Archivo Digital de Noticias de Colombia y el Mundo desde 1.990 - eltiempo.com](#)

Ley 115 de 1994. Ley General de Educación. Santafé de Bogotá.

Rodríguez Gómez, G., García Jimenez, E., & Gil Flores, J. (1996). *Metodología de la Investigación Cualitativa*. Granada España: Aljibe.

Murcia Peña, Napoleón, Jaramillo Echeverri, Luis Guillermo La Complementariedad como Posibilidad en la Estructuración de Diseños de Investigación Cualitativa. Cinta de Moebio [en línea]. 2001, (12), Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10101204>

Bausela Herreras, E. (2004). La docencia a través de la investigación-acción. *Revista Iberoamericana De Educación*, 35(1), 1-9. <https://doi.org/10.35362/rie3512871>

Ministerio de Educación Nacional (MEN). (2009). Proyecto educativo rural. Obtenido desde <http://www.mineduacion.gov.co/1759/w3-article-329722.html> https://www.mineduacion.gov.co/1759/articles-287836_archivo_pdf.pdf

Herrera Torres, L., & Buitrago Bonilla, R. E. (2010). El Proyecto Educativo Institucional en el Contexto del Sector Rural Colombiano. *Publicaciones*, 40, 125–147. Recuperado a partir de <https://revistaseug.ugr.es/index.php/publicaciones/article/view/2231>

Gutiérrez Serrano, N. (2011). Repensar la relación investigador - sujeto. Pautas para resignificar la investigación educativa. *Revista de Educación*, 2(2), 13-38. Recuperado de https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/r_educ/article/view/26/70

Gallardo, N.L. (2012). La agroecología desde las huertas escolares urbanas (Universidad Internacional de Andalucía) Recuperado de: <https://dspace.unia.es/handle/10334/2223>

Yaguara Galvis, M. A. (2012). La huerta escolar una estrategia para mejorar la percepción nutricional y lograr aprendizaje significativo en los estudiantes de primaria. Colombia. Obtenido de <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/10825>

Tole, E. A. (2016). "La huerta escolar como estrategia para el reconocimiento del territorio en la escuela rural con estudiantes del grado cuarto del CED Mochuelo Alto".. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/20.500.12209/1012>.

Claire Heinisch. Soberanía alimentaria: un análisis del concepto. Francisco Hidalgo; Pierril Lacroix; Paola Román. Comercialización y soberanía alimentaria, SIPAE, pp.11-36, 2013, 978-99-78-99-53-7-2. hal-00794380

Cabrera, S. (2014) Beneficios Educativos del Proyecto Huertos Escolares (universidad de sevilla) <http://hdl.handle.net/11441/32699>

Bellenda, B., Faroppa, S.; García, M.; Linari, G. (2015). Aportes de la huerta escolar agroecológica al aprendizaje de niñas y niños en escuelas de Montevideo, a través del Programa Huertas en Centros Educativos (universidad de la republica) <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/52154>

Moreno, Ó., Navarrete, A. & Rodríguez, F. (2015). Enseñanza del desarrollo sostenible y la agricultura orgánica por medio de una huerta escolar.. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/20.500.12209/6961>

Ramírez Betancur, M. A. (2016). Diseño, montaje y ejecución de la huerta escolar mis primeros frutos. [tesis de maestría. Universidad Católica de Manizales]

Gómez Barrientos, P. R. (2017). Las competencias científicas y ambientales, a través de la huerta escolar Repositorio Institucional UPB. Obtenido de <http://hdl.handle.net/20.500.11912/3336>

Loaiza-Zuluaga yasaldez Eder Desempeño y saberes del maestro. Revista Latinoamericana de Estudios Educativos (Colombia) [en línea]. 2017, 13(2), 7-11 <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=134154501001>

Dajil Turizo, Y. Z., & Redondo Marín, D. M. (2018). Granjas escolares como: una alternativa contra la desnutrición. En C. U. Global (Ed.), Tendencias en la Investigación Universitaria una visión desde Latinoamérica (Vol. 12, págs. 562 - 578). Colombia. doi:www.doi.org/10.47212/tendencias2020vol.xii.1

Giraldo, O. F. (2018). *Ecología Política de la Agricultura Agroecología y posdesarrollo*. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México: El Colegio de la frontera sur.

Zambrano, Y., Rocha, C., Flórez, G., Nieto, L., Jiménez, J., & Núñez, L. (2018). La huerta escolar como estrategia pedagógica para fortalecer el aprendizaje. *Cultura, Educación y Sociedad*, 9(3), 457- 464. Obtenido de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7823537>

Maldonado, S., Ospino, L., Martínez, J., Salgado, G., Salcedo, L. y Ospino, D. (2018). Implementación de una huerta escolar como herramienta estratégica para fomentar la investigación. *Cultura. Educación y Sociedad* 9(3), 335-342. DOI: <http://dx.doi.org/10.17981/cultedusoc.9.3.2018.38>

Giraldo, O. F. (2018). *Ecología Política de la Agricultura Agroecología y posdesarrollo*. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México: El Colegio de la frontera sur.

Montenegro, M. L. (2018). La huerta escolar: un lugar para incentivar comportamientos pro ambientales.. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/20.500.12209/11023>.

Acero, Y. (2019). Proyecto de huerto escolar a la luz de los fundamentos de la pedagogía Waldorf para la básica primaria. (Pregrado). Universidad Santo Tomás. Bogotá-Colombia.

García,S.(2019)El Huerto Escolar y el Aprendizaje Basado en Proyectos como propuesta de intervención para motivar a los alumnos de 4° de la ESO.(Universidad internacional de la rioja)

Uribe-Pérez, M. . (2019). Saberes ancestrales y tradicionales vinculados a la práctica pedagógica desde un enfoque intercultural: un estudio realizado con profesores de ciencias en formación inicial. *Educación y Ciudad*, 2(37), 57–71. <https://doi.org/10.36737/01230425.v2.n37.2019.2148>

Burbano, A., & Gomez, F. (2020). La huerta escolar, como estrategia pedagógica para fomentar la cultura ambiental. [Trabajo de grado, Licenciatura en biología con énfasis en Educación Ambiental] Universidad Santo Tomás, Colombia.

Monge,J.,Solano,V.,Campo,S.,Oreamuno,P.,Richmond,F.,Arguedas,C.,Franco,M.,Cerdas,J,(2021). Aportes interdisciplinarios desde las Ciencias Sociales y Agrícolas a la Seguridad Alimentaria y Nutricional: una experiencia en el Territorio Indígena de Matambú, Guanacaste, Costa Rica (Universidad Estatal a Distancia/[]/UNED/Costa Rica) <https://hdl.handle.net/10669/83905>